

El pensamiento hegemónico en economía.  
**SOBRE NEOLIBERALISMO Y NEOLIBERALIZACIÓN**

Grupo de Economía



Fuente: [www.elquintopoder.cl](http://www.elquintopoder.cl)

### **RESUMEN:**

El artículo desarrolla la siguiente genealogía. El pensamiento neoliberal basa sus juicios en un tipo de razonamiento económico específico: la teoría neoclásica. Esta teoría fue construida en el último tercio del siglo XIX como respuesta a los incómodos resultados políticos a los que la economía política tradicional había llegado, particularmente en las manos de Marx. Si bien reinado neoclásico retrocedió ante la aparición del keynesianismo tras la debacle mundial de las décadas de 1929-30, reapareció con la crisis capitalista de mitad de los años 70, esta vez bajo el ropaje del *monetarismo friedmaniano*. Esta reemergencia se produce con una virulencia política tal que termina por convertir a parte importante de la dirigencia socialista nacional y mundial en el marco de la caída de los socialismos reales. Esta conversión fue el sostén de la Transición chilena y aún hoy, aunque de manera más difusa, es el sostén de un modelo que ya presenta serias fisuras.

### **PALABRAS CLAVE:**

- Reproducción.
- Asignación.
- Política.
- Teoría económica.
- Neoliberalismo.

## I. LA CONVERSIÓN SOCIALISTA A LA “ECONOMÍA DE MERCADO”. UNA CONDICIÓN INICIAL.

La “política de los acuerdos” –que con tanta nostalgia se intenta resucitar en estos días– nunca hizo explícito uno de sus más importantes pilares: la mantención del modelo económico y social diseñado *antes* de 1990<sup>1</sup>. Ella consistía, *grosso modo*, en que desde la llegada de la democracia en adelante, dado el dramático “quiebre” ocurrido en Chile en 1973, las disputas políticas se resolverían sentando a las partes en conflicto o, más precisamente, a los representantes de las partes en conflicto, para iniciar una conversación que desembocara en un acuerdo político, un consenso, que asegurara la paz social tan necesaria para el crecimiento económico. Pero visto así, desalentadamente, podría parecer una visión sobre cómo resolver conflictos venideros y, por lo tanto, no aparece como una política que tenga un acuerdo sobre el pasado. Sin embargo, el acuerdo políticamente central fue precisamente sobre el pasado y puede resumirse así: hubo una visión alternativa para mirar y accionar en el mundo que murió, la socialista, y otra que nació, la contrarrevolución neoliberal, para la cual no hay alternativas<sup>2</sup>.

Hubo, sin embargo, una condición *a priori* para la viabilidad de todo esto: si el modelo económico debía ser mantenido, la Concertación debía hacerlo suyo y, por lo tanto, también el mundo socialista al interior de ésta. Es decir, la visión que moros y cristianos profesaran sobre “la economía”, tanto en su funcionamiento real como en sus modelos teóricos, *debía coincidir*. En otras palabras, lo que hizo que el acuerdo fuera viable en el largo plazo, fue *la previa* conversión socialista a la “economía de mercado”. Así, la “política de los acuerdos” tuvo como condición de posibilidad esta conversión temprana de cierta izquierda al reconocimiento –en una escena cargada de *mea culpa*– a la teoría que afirma que el mercado libre es el mecanismo más eficiente para resolver los problemas económicos. Y, por supuesto, esto se refleja completamente en el quehacer de sus economistas, tanto en la vida partidaria como en la vida académica.

Sin embargo, visto el tema más a fondo, esta conversión de parte de la izquierda tiene una historia y ella no es “un producto nacional”. El fenómeno en discusión es mundial. De hecho, de las innumerables rupturas que trajo consigo la actual globalización de la economía mundial, una de gran importancia es esta imposición a nivel global de tan sólo *una* visión de la economía que, en términos prácticos y teóricos, supuestamente aplastó a todas las demás. Las repercusiones de este hecho político son difíciles de exagerar y el poder ha podido administrarlas bien para, sin pudor, llevar agua a su propio molino político/ideológico.

Como es ya bastante conocido, el inicio de la llamada “contrarrevolución monetarista” se encuentra en la asunción al poder de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en 1979 y 1980, respectivamente. Al inicio de su gobierno en el Reino Unido, Margaret Thatcher hizo célebre la idea de *There Is No Alternative*. Según esta visión, aquello para lo que no habría alternativa –ni hace 40 años atrás ni ahora– es el recetario neoliberal de reformas del Estado keynesiano: retroceso de las fronteras de intervención del Estado, disminución drástica de las políticas sociales, liberalización a los mercados financieros, privatizaciones, etc.

En nuestro país, en el año 2000, veinte años después de la primera formulación de la idea thatcheriana, el libro *La transformación económica de Chile* –obra con pretensiones de balance del modelo económico– la repite como mantra:

1 Otro pilar de la “política de los acuerdos” fue el “encajonamiento” del tema de los Derechos Humanos en los tribunales de justicia. Esto, finalmente, no sólo los despolitizaba, sino que, *ex post*, tendría el efecto de *privatizarlos*, dejando su devenir en manos de las familias y sus abogados.

2 Sus precursores, con afanes fundacionales y con aires paternos, la llaman “revolución liberal”.

“A comienzos del tercer milenio las bases del modelo económico ya no se discuten en nuestro país. El colapso de los socialismos reales, los fracasos de los experimentos populistas en América Latina y el propio éxito del modelo económico que se aplica en Chile ininterrumpidamente desde mediado de los setenta, *han terminado por desprestigiar las posibles alternativas*”<sup>3</sup>.

Desde Thatcher hasta hoy ese ha sido el tenor del discurso económico que se ufana de sí mismo. Las dos ideas centrales básicas y repetidas hasta el hastío son, por una parte, el éxito en resolver los profundos problemas económicos que trajo consigo –tanto al país como al mundo– la pretensión socialista y, por otra, la inexistencia de alternativas a este camino salvífico.

En el mismo año de la publicación anterior y ya con una década de democracia, en un artículo publicado por Cieplan, se lee:

“Chile ha implementado reformas estructurales profundas que han puesto a la economía chilena en una trayectoria de crecimiento acelerado (7% anual) por casi 12 años. Estas reformas estructurales consisten en la trilogía básica ‘mercados libres – apertura externa– y sector privado’ (como agente principal de la actividad productiva); esto está complementado por la mantención de equilibrios macroeconómicos (...) *No hay un cuestionamiento a este contexto básico de reformas estructurales y equilibrios macro. Aún más, existe consenso y evidencia en torno a que el sistema de mercados libres es un mecanismo muy eficiente para resolver la mayoría de los problemas económicos. Pero hay críticas de diversa índole respecto a las consecuencias sociales generadas por este modelo económico. Un planteamiento actual que ha logrado bastante consenso sostiene lo siguiente: ‘Economía de mercado: sí; sociedad de mercado: no’*”<sup>4</sup>.

Esta última cita concentra de manera sustanciosa el conjunto de operaciones que supuso la obra de ingeniería político/social que posibilitó la salida de la dictadura y el comienzo del largo camino de la Transición<sup>5</sup>. Lo grabado a fuego en el sentido común es el siguiente razonamiento: la economía es “algo” –con sus leyes– que va por un carril controlado y conocido por técnicos expertos y los problemas sociales son “otro algo”, de naturaleza distinta, cuyas expresiones –la desigualdad, por ejemplo– sólo tendrán solución si la economía funciona bien. Así, el crecimiento económico se transforma en la *conditio sine qua non* para cualquier política social.

El razonamiento global tiene la siguiente secuencia: (1) hoy tenemos un modelo económico que funciona, (2) detrás de él hay una teoría económica sólida que lo sustenta, (3) esa teoría económica es científica, es decir, no responde a pequeñeces políticas particulares y (4) hay un consenso –históricamente demostrable– en que las experiencias económicas concretas que no van en esta dirección se encaminan inevitablemente al despeñadero. El paso (4) pertenece por completo a la lógica del *There Is No Alternative*. Los pasos del (1) al (3) son, *grosso modo*, la llamada “economía de libre mercado” o “economía neoliberal”.

En los años noventa, el sociólogo francés Pierre Bourdieu describía la situación con la siguiente síntesis:

3 Larraín, F. y Vergara, R. (2000). Chile en pos del desarrollo: veinticinco años de transformaciones económicas. En *La transformación económica de Chile*. Santiago: CEP, p. 5 (cursivas nuestras).

4 Meller, P. (2000). *El modelo económico y la cuestión social*. Santiago: Serie Estudios Socio/Económicos N° 1, Cieplan, p. 2, (cursivas nuestras). Meller cita a La Tercera Vía de Tony Blair y Gerhard Schroeder.

5 En algo que, paradójicamente, la clase política no se ha puesto de acuerdo es si la *Transición política a la plena democracia* ha terminado o no. Muchos han señalado, secuencialmente y seguros de sí mismos, los hitos que han puesto fin una y otra vez a la “Transición”.

“El neoliberalismo se transforma así en un programa político de acción que opera en nombre de un programa científico que busca crear las condiciones para que se cumpla su propia teoría. Esta teoría es la de una rama de la economía que sólo quiere conocer individuos atomizados por lo que la concreción del neoliberalismo consiste en la destrucción metódica de los colectivos”<sup>6</sup>.

Sin embargo, un pensamiento –en el sentido de *corpus teórico*– llamado “economía de libre mercado” o “economía neoliberal” enseñado en las escuelas de economía, no es algo que exista. Antes bien, esta línea de pensamiento responde a un sinnúmero de variaciones de un eje central de desarrollos teóricos anteriores concentrados en la llamada “economía neoclásica”.

En lo que sigue, interesa despejar dos puntos (imbricados, no secuenciales). Uno, resumir el cómo la teoría neoclásica llegó a transformarse en un pensamiento que nace, se transforma en hegemónico, luego retrocede frente al keynesianismo y posteriormente renace con nuevos bríos a partir de la “contrarrevolución monetarista” de fines de los años setenta y; dos, una vez entendida su lógica, avanzar algunas ideas sobre cómo este pensamiento económico –llevado al extremo– se llega a transformar en puramente ideológico tomando la forma del *mercado total*. Es decir, cuando se transforma en el motor que mercantiliza todas las esferas de la vida.

## II. ECONOMÍA POLÍTICA VERSUS ECONOMÍA Y POLÍTICA. EL PENSAMIENTO NEOCLÁSICO

En el canon científico de la Antigüedad y de la Edad Media, “economía” se refería a la “administración doméstica”. La economía del conjunto de la comunidad se convirtió por primera vez en un tema independiente a comienzos de la Edad Moderna. Para poner de manifiesto que no se trataba de la economía del hogar, se comenzó a hablar en el siglo XVII de “economía política”, y sólo a finales del siglo XIX se impuso en inglés la denominación *economics*<sup>7</sup>. Así, el quehacer de los economistas clásicos (Smith, Malthus, Ricardo, Say, etc.) era llamado, sin ninguna ambigüedad, “economía política”.

Por otra parte, gracias a los espectaculares avances de las ciencias naturales en general y de la física en particular durante los siglos XVII y XVIII, estas “ciencias duras” pronto comenzaron a ser vistas como propietarias de un método que podía, bajo ciertas condiciones, ser exportado al estudio de las nascentes ciencias sociales. Ya en el siglo XIX para muchos especialistas había llegado la hora de hacer “ciencia económica” de la misma manera en que se desarrollaban, por ejemplo, la física y la matemática.

Pero no hay que confundirse: esa era la ambición científicista y, ni con mucho, era el problema principal que llevó a la mutación de la «economía política» a «ciencia económica». Se trataba menos del *método científico* que del *objeto de estudio*; se trataba menos de un problema del *uso de la matemática* que de los *incómodos resultados políticos* de la economía política. Ocurría que los resultados a los que había arribado la economía política no terminaban por gustar a la nueva y pujante clase dominante.

Era claro que las herramientas forjadas por Adam Smith, en las manos de David Ricardo habían mostrado que la clase terrateniente asfixiaba a la naciente clase burguesa. Pero una vez confirmado eso y conseguido el triunfo político y económico de la burguesía, ya no había porqué ir más allá. Se había alcanzado la estación terminal. Pero la gran contradicción de

6 Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Buenos Aires: Anagrama, Colección Argumentos, p. 138.

7 Heinrich, M. (2011). *¿Cómo leer El Capital de Marx?* Madrid: Editorial Escolar y Mayo, p. 35.

intereses entre terratenientes y burgueses había dado paso a otra: la gran contradicción entre burgueses y trabajadores. Así, había nacido la necesidad de dar fin a la economía política tal cual se había desarrollado hasta ese momento. “Economía” sí, “política” no.

William Jevons, uno de los creadores del marginalismo y, por lo tanto, precursor de la introducción del cálculo diferencial en la economía, escribía en 1871, en el prólogo a la segunda edición de *La teoría de la Economía Política*:

“Ante las alteraciones de menor entidad, se puede mencionar la sustitución del nombre de Economía Política (*Political Economy*) por el conveniente término único de economía (*economics*). Creo que sería bueno desechar tan pronto como fuera posible la vieja y molesta denominación compuesta de nuestra ciencia”<sup>8</sup>.

Pero, a finales del siglo XIX y principios del XX, claramente ya no era sólo el nombre lo que debía cambiar, sino la misma definición de economía. Al respecto, Lionel Robbins señaló:

“La interpretación materialista de la historia se ha llegado a llamar interpretación económica porque creyó que el objeto de la Economía era estudiar las causas del bienestar material. Una vez que se admita que ese no es el caso, la interpretación materialista debe sostenerse o rechazarse como tal. La Ciencia Económica no presta ningún punto de apoyo a sus doctrinas, ni supone las conexiones que aquella establece”<sup>9</sup>.

Y desechando así lo que llama la “interpretación materialista de la historia”, acto seguido, Robbins define a la “ciencia económica” como el estudio del “comportamiento humano como una relación entre fines y medios escasos, susceptibles de empleos alternativos”<sup>10</sup>.

El cambio de rumbo ya estaba decretado.

Pero aún había algo en la definición que podía dejar la ventana abierta peligrosamente para que entrara la política que recién había salido expulsada por la puerta. Se trata del estatus de los “fines”. Es políticamente crucial para la naciente ciencia económica que los “fines”, a los que se alude en su misma definición, se ubiquen *por fuera del campo de estudio económico*. Quizá los fines pudieran ser políticos —los fines específicos se derivan de finalidades generales definidas socialmente sobre las que operan “juicios de valor”— pero eso no debía ser discutido al interior de la ciencia económica<sup>11</sup>.

“A la Ciencia Económica, como hemos visto, le concierne el aspecto de la conducta que proviene de la escasez de medios para lograr determinados fines. Se deduce que la economía es enteramente neutral frente a los fines y que la consecución de un fin cualquiera, en la medida en que dependa de la limitación de medios, es una cuestión que interesa al economista. *Los fines como tales no interesan a la Economía*”<sup>12</sup>.

Pero no basta que un economista —o un grupo de ellos— definan y redefinan una y mil veces su ciencia para que el campo completo cambie. Por eso es importante saber qué ocurrió tanto en la sociedad como al interior de la economía política para que esta última fuera sustituida

8 Jevons, W. (1998). *La teoría de la Economía Política*. España: Pirámide. Primera edición en inglés, 1871, p. 41, (cursivas nuestras).

9 Robbins, J. (1951). *Naturaleza y significación de la Ciencia Económica*. México: Fondo de Cultura Económica. Primera edición inglesa, 1932, p. 73. Robbins fue uno de los primeros economistas de habla inglesa en adherir a la llamada “Escuela Austríaca” de economía. De hecho, uno de sus actos más “militantes” al respecto fue la apertura de una cátedra para Friedrich von Hayek en Londres. Con el tiempo, Robbins se distanció de los planteamientos hayekianos extremos.

10 *Ibid.*, p. 16.

11 Milton Friedman, define la economía como “la forma en que una determinada sociedad resuelve sus problemas económicos. Existe un problema económico siempre que se usan medios escasos para satisfacer fines alternativos”. Más adelante agrega “... los fines son *datos* para la economía...” (cursivas del original). Ver Friedman, M. (1982). *Teoría de los precios*. Madrid: Alianza Universidad, p. 15.

12 *Op. Cit.*, 9, p. 48 (cursivas nuestras).

—cuando no borrada del mapa— por una opción que terminó por hegemonizar a casi todos los desarrollos teóricos posteriores.

Partimos de una reflexión que está más allá de la ciencia económica pero que, finalmente, termina envolviéndola. Se trata de la racionalidad medio-fin.<sup>13</sup> Ella fue instalada en las ciencias sociales, en las primeras décadas del siglo XX principalmente por el sociólogo alemán Max Weber. La racionalidad medio-fin, *grosso modo*, separa los juicios en “juicios con arreglo a valores” y “juicios con arreglo a fines” (o, “juicios con arreglo a hechos”) para terminar argumentando que los primeros no tienen cabida en la ciencia. Hay acá una teoría de la acción racional (que es la teoría que subyace a la teoría económica neoclásica). En la teoría económica neoclásica —como vimos en su propia definición— se vinculan linealmente medios y fines. Ambos son llevados a precios para poder finalmente comparar si el precio de los fines (recuérdese que los fines son definidos de manera exógena a la ciencia económica) es mayor que la suma de precios de los medios (costos)<sup>14</sup>. Si este es el caso, la actividad se realiza y es entendida como racional (linealmente).

Es sobre esto, sobre lo racional en la relación medio-fin, de lo único sobre lo que la ciencia económica se puede pronunciar (aunque, para Weber, es un análisis para las ciencias sociales en general).

“En este sentido la ciencia, según Weber, es de neutralidad valórica. Por tanto, con fines dados, la ciencia puede hablar en nombre de la ciencia sobre la racionalidad de los medios. Esta racionalidad es, para Weber, “racionalidad formal”. De acuerdo con él se trata de juicios de hecho, no de valores [...] De este modo, la teoría de la acción racional, que reduce la racionalidad de la acción a la relación medio-fin, es totalizada hacia el campo epistemológico y de la metodología de las ciencias. En este sentido, es racionalidad instrumental. Sólo los juicios que se refieren a racionalidad de medios en relación con fines dados competen a la ciencia. No hay ciencia posible más allá de estos juicios medio-fin”<sup>15</sup>.

Así las cosas, ¿por qué habría de sobrevivir la idea de “política” en la economía política? Era el turno de la ciencia.

Claramente, la relación entre economía y política es una relación problemática. Sin embargo, incluso en el universo weberiano, es fácil ver que cada problema económico tiene una dimensión política y que cada problema político tiene una dimensión económica. En la tradición marxista, lo económico fue entendido como una “última instancia” de lo político. En la tradición liberal, la relación entre economía y política se ve como una interdependencia. Pero, de un modo u otro, ninguna de estas corrientes de pensamiento negó nunca la relación.

Pero, a partir de la tradición neoclásica, uno de cuyos hitos basales es la definición de economía antes comentada, la relación es negada. Exiliada. La ciencia económica de tradición neoclásica deduce sus teoremas como si el ámbito político ni siquiera existiera<sup>16</sup>. Sin embargo, históricamente hablando, la economía política es originalmente economía política *burguesa*. Es para la burguesía de la época para la que piensan, por ejemplo, Ricardo y Say. La crítica a la que Marx somete a esa economía política da pie al nacimiento de una economía política marxista,

13 El desarrollo que sigue está basado en la amplia reflexión desarrollada al respecto por Franz Hinkelammert. Ver en particular Hinkelammert, F. (1996). *El mapa del emperador*. Determinismo, caos, sujeto. Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones, DEI.

14 Se desprende de acá otra cota a la intervención de los economistas: si al fin perseguido y a los medios propuestos no se les puede asignar precios, el economista enmudece.

15 *Op. Cit.*, 13, p. 17.

16 Hay que consignar, sin embargo, que en los orígenes de la construcción neoclásica no hay completa homogeneidad: Jevons, matematizando su acercamiento, consideraba molesta a la política, pero, por otra parte, Marshall nunca olvida esta dimensión de la realidad y sus esquemas abstractos se derivan de sus observaciones de ella.

pero esta crítica no se debe entender como antípoda a la economía política burguesa. Eso es un error<sup>17</sup>. La antípoda de la economía política es la tradición neoclásica, en tanto esta última niega a la primera. La polaridad que interesa es, por lo tanto, la siguiente: economía política versus economía neoclásica.

La economía política estudia la producción, la distribución, el intercambio y el consumo, busca sus leyes y cuando las encuentra no esconde su carácter político. Pero enfoca sus problemas desde el punto de vista de la reproducción de lo que hoy llamaríamos factores de producción. Por otra parte, la teoría económica neoclásica enfoca los problemas —al interior de los límites permitidos por los “juicios con arreglo a hechos”— desde el punto de vista de la asignación óptima de recursos en completa concordancia con su definición. Así, y a riesgo de simplificar demasiado, la polaridad economía política versus economía neoclásica es, a nuestro juicio, y sólo para los efectos de este documento, sustituible por la siguiente: reproducción versus asignación.

Concentrados en el crecimiento del sistema, el estudio de la reproducción de los factores de producción fue central para los clásicos y tuvo como fruto, entre otros, una teoría del salario basada por completo en la necesidad de subsistencia y reproductibilidad de la clase obrera de su época. Este razonamiento es completamente independiente de las escaseces relativas del mercado. Paralelamente, la economía política reflexiona también sobre la reproducción del aparato productivo; para que haya producción continua, la maquinaria gastada tiene que ser constantemente reemplazada y, por lo tanto, reproducida.

Se vislumbra desde ya la idea de “lo económico” inherente a la idea de la reproducción de los factores de producción. Es decir, “lo económico” como última instancia o como limitante de todas las decisiones políticas. Así, desde este punto de vista, se entiende que todas las alternativas posibles de las decisiones en la sociedad capitalista están subordinadas a este marco objetivo económico. Lo económico es, en este caso, la reproducción de la fuerza de trabajo y del aparato productivo.

Para Marx, heredero y crítico de esta tradición, el tema económica y políticamente crucial se concentra en un factor: el ser humano. “La reproducción material de la vida humana aparece ahora como última instancia de todas las decisiones económicas y políticas siendo la reproducción de los otros factores una consecuencia de la reproducción material de la vida humana”<sup>18</sup>. Esa es su crítica.

Ante esta crítica, radical por lo demás, el pensamiento burgués hace un giro igualmente radical que llevará a la constitución del pensamiento neoclásico. Se apoya en una deficiencia del pensamiento burgués anterior: en los representantes de la economía política, el tema de la asignación óptima de recursos económicos está completamente al margen o, en los mejores casos, tangencialmente tratado. Esa será la bandera de lucha de la teoría neoclásica y con ella desaparece todo el enfoque anterior de la reproducción.

Hoy, la discusión de la asignación óptima de recursos escasos a necesidades múltiples rebasa con mucho a la escuela neoclásica. Sin embargo, ésta tiene el mérito de haber desarrollado esa problemática. Pero, por otra parte, su aparición en escena nunca fue políticamente inocente y en el siglo XX llegó al extremo de borrar a la economía política del pensamiento económico mismo. Lo económico es visto como el campo de decisiones sobre medios escasos en función de fines dados, fundamentalmente por los gustos de los consumidores. Son éstos los que fijan los fines por el gasto de sus ingresos en forma de demanda en el mercado, mientras que la producción es meramente el ámbito en el cual la orientación por el criterio de las ganancias monetarias lleva a la satisfacción óptima de las demandas ya expresadas.

17 Marx toma las herramientas de la Economía Política de su tiempo y las lleva hasta sus últimas consecuencias, no las niega.

18 Hinkelammert, F. y Mora, H. (2005). *Coordinación social del trabajo, mercado y reproducción de la vida humana*. Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones, DEI, p. 96.

Los esfuerzos productivos se dirigen a lo demandado en el mercado e interesa satisfacer esa demanda eficientemente en tanto hay, en esa satisfacción, ganancias económicas para las empresas productoras. El plano de fines expresados en el mercado es, para la teoría neoclásica y sus derivadas, completamente extraeconómico. Así, estamos frente a una conceptualización de “lo económico” en la cual ya no tiene ningún sentido la afirmación de una última instancia económica, tan importante para la economía política.

Esta teoría neoclásica se transformó en el pensamiento dominante. Por un lado, logró desarrollar teóricamente el tema de la asignación óptima que dio a lo económico una dimensión insospechada y, por otro, rompió con la economía política condenándola al lugar de “lo ideológico”, de “lo no científico”.

Sin embargo, la economía política –interesada en la reproducción– reaparece gracias a la gran crisis capitalista de los años 1929-30 y lo hace de la mano de un defensor de la burguesía: John Maynard Keynes, aunque en muchas dimensiones este autor sigue ligado a la tradición neoclásica<sup>19</sup>.

El paradigma neoclásico fue incapaz de interpretar y recomendar soluciones a la primera gran crisis del capitalismo del siglo XX. La revolución keynesiana a partir de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), provocó un retroceso del paradigma, aunque no su desaparición. Con Keynes, surge la teoría y práctica de la economía mixta y, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo vivió lo que algunos han llamado su edad de oro<sup>20</sup>.

Sin embargo, la irrupción de Keynes y de su “teoría general” muy pronto fue asimilada –quizá sería más preciso decir “dominada”– por parte de la lógica neoclásica, instalando en el mundo académico –y desde él– la llamada “síntesis neoclásica”. Ya en 1937, a partir del célebre trabajo de J. R. Hicks, titulado *Mr. Keynes and the «classics»: a suggested interpretation*, aparece lo que una larga lista de estudiantes han aprendido como el modelo (keynesiano) IS-LM. Para muchos keynesianos “puros”, el modelo IS-LM es sólo el pecado original a partir del cual se desvirtúa la verdadera teoría de Keynes. Pero más allá de esta polémica –riquísima en teoría y política, pero poderosamente olvidada– lo que *de facto* sucedió es que el pensamiento económico keynesiano prácticamente nunca fue del todo independiente del pensamiento neoclásico y mucho menos fue su contrario. Y, como se vio, a muy corto andar, lo que comandó la política económica en gran parte del mundo es lo que se podría nombrar como la síntesis neoclásica/neokeynesiana. Sin embargo, aún esos momentos históricos de real retroceso del pensamiento neoclásico, su poder colonizador al interior de la ciencia económica se mostró enorme.

Pero más allá del nombre –más o menos preciso–, el pensamiento keynesiano filtrado por el pensamiento de la “síntesis” trajo de la mano una reestructuración completa de cómo y por qué hacer política económica. Desde el punto de vista económico se construyó un Estado administrador de la demanda en busca del pleno empleo. Desde el punto de vista social se construyó un Estado Benefactor en busca de la distribución del ingreso. Con esto, por muy colonizado que estuviera el pensamiento keynesiano por la “síntesis neoclásica”, éste cometía un crimen político imperdonable: construía el Leviatán del siglo XX.

19 En 1925, Keynes despejaba toda duda respecto a su posición política o, más radicalmente, su posición de clase, reflexionando sobre el Partido Laborista: “Para empezar, se trata de un partido de clase y esa clase no es la mía. Si voy a defender ventajas para una parte de la sociedad, será a favor de la que yo pertenezco. Cuando se trata de la lucha de clases, mi patriotismo local y personal como el de todos los demás, con excepción de ciertos seres celosos desagradables se une a los de mi propio entorno. Puedo estar influido por lo que me parece de sentido de justicia, pero la lucha de clases me encontrará siempre al lado de la burguesía educada”. Ver Keynes, J. (2009 [1925]). ¿Soy un liberal?. En *Ensayos de persuasión*. Madrid: Editorial Síntesis, p. 297, (cursivas nuestras).

20 Maurice Harold Macmillan, el político conservador británico que fuera primer ministro entre 1957 y 1963, hizo su campaña electoral con el lema “Nunca os ha ido mejor”.



### III. LA VUELTA DEL PENSAMIENTO NEOCLÁSICO Y SU TOTALIZACIÓN

En principio, el pensamiento económico neoclásico no es asimilable al pensamiento político liberal. Sin embargo, al difundirse el pensamiento neoclásico, los liberales de principios de siglo vieron en él una buena justificación científica para su agenda y no vieron que entre sus fundadores había hipótesis iniciales de trabajo más que descripciones del mundo circundante<sup>21</sup>. Por supuesto, es fácil ver que estas hipótesis de trabajo y los resultados obtenidos de ellas se llevaban bastante bien con el pensamiento liberal y su visión del mundo social.

Por esa razón, el pensamiento keynesiano fue duramente atacado desde el liberalismo a pesar que Keynes era liberal. De hecho, cuando Keynes lee el famoso trabajo de Friedrich von Hayek, *Camino de servidumbre* (1944), le escribe: "...moral y filosóficamente estoy de acuerdo prácticamente con todo el texto; y no sólo de acuerdo, sino profundamente de acuerdo"<sup>22</sup>.

De todas maneras, para los liberales más extremos, la intervención del Estado en la economía no podía sino devenir en la asfixia de la libertad. *Ergo*, el Leviatán keynesiano, visto como un colectivismo más, debía ser combatido.

Pero no fue el pensamiento liberal quien provocó el derrumbe del keynesianismo, sino que fue la crisis estructural del capitalismo en los años setenta y ochenta lo que puso a prueba la síntesis neoclásica/neokeynesiana. En esta crisis, el Estado keynesiano tuvo que enfrentar simultáneamente alta inflación, baja en los ritmos de productividad y desequilibrios externos. Y ante esta crisis del capitalismo realmente existente, también entró en crisis la teoría económica keynesiana (la que operaba bajo la forma de la síntesis).

Uno de los principales dilemas que el pensamiento keynesiano no pudo resolver fue el *trade off* entre inflación y desempleo. A partir de la llamada "crisis del petróleo" en 1973 convivían por primera vez inflación creciente y estancamiento en la producción y las políticas monetarias de control de la inflación traen siempre de la mano una reducción de la actividad económica. Así las cosas, había que elegir: se implementaban políticas contra la inflación a costa del empleo o bien se activaba la economía con un gasto fiscal inflacionario. La respuesta práctica no podía esperar. Y no esperó.

Pero esta vez, a diferencia de los años de nacimiento de la respuesta keynesiana ante la "Gran Crisis" (1929-30), *no habrá una revolución científica que reemplace al paradigma anterior sino una contrarrevolución, por la vía del retorno a la ortodoxia bajo el ropaje del monetarismo*. Esa ortodoxia –aunque aparecida con otros nombres– es, esencialmente, la "neoclásica".

"En la teoría aparecen el *monetarismo friedmaniano* y el *monetarismo bastardo de la economía de la oferta*; en la práctica surgen el *thatcherismo* en Inglaterra y la *reaganomía* en Estados Unidos; a su vez en América Latina la contrarrevolución monetarista, a través de la teoría monetarista de la balanza de pagos se impone en Chile, Argentina, Uruguay [...] dando lugar a un nuevo modelo: el *monetarismo neoliberal autoritario*"<sup>23</sup>.

Como se sabe, se eligió el control de la inflación ya que ésta, en términos generales, esconde una pugna distributiva y el *monetarismo friedmaniano* era, por lo tanto, la receta inmediata.

21 Por ejemplo, León Walras, el gran iniciador de las teorías del equilibrio general, tenía inclinaciones socialistas y Marshall no dudaba que a veces era necesaria la intervención del Estado en la economía. Una interesante descripción de este panorama "liberal, neoclásico" se puede leer en James, É. (1998). *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/Serie económica.

22 Carta de Keynes a Hayek, 28 de junio de 1944. En Keynes, J. (2012). *The Collected Writings of John Maynard Keynes*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 385.

23 Villareal, R. (1986). *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*. Fondo de Cultura Económica. Serie Economía, p. 15, (cursivas del original).

Para Friedman, la inflación es en todo momento y en todo lugar un fenómeno monetario y la receta era simple, aunque dura e inexplicable en el corto plazo para el “ciudadano de a pie” que sufre las consecuencias: la economía logra estabilidad cuando la oferta monetaria crece a tasa fija. Pero eso es sólo un tecnicismo.

La contrarrevolución monetarista encubrió, bajo el ropaje de un discurso científico, el programa ideológico/político más agresivo que se pudo llevar adelante contra la intervención del Estado y de todas las conquistas sociales, larga y duramente alcanzadas en el siglo XX. Pero esta vez, el pensamiento neoliberal, cubierto por el lenguaje científico (matematizado) de las construcciones neoclásicas, hace una inversión del discurso dominante transformando las soluciones keynesianas en el origen de los problemas:

“Hay desempleo porque la política de pleno empleo y la seguridad social lo provoca. Hay pauperización porque la política de redistribución de ingresos destruye los incentivos y lleva, por tanto, a un producto social que empobrece”<sup>24</sup>.

Comienza así el discurso del mercado como el *mercado total*. El mercado como camino salvífico. Sin embargo, el intento de *realizar* la utopía del mercado ha traído de la mano varias singularidades. Una de ellas se puede encontrar en la más notable de sus paradojas: su lógica *teórica de laissez faire* ha aumentado, *en los hechos*, la concentración del poder económico y político como nunca antes en Chile. Los mercados competitivos tienen un altísimo estatus en su teoría. De hecho, son centrales en sus propuestas teóricas<sup>25</sup>. Pero de algo podemos estar prácticamente seguros: es la colusión en un mundo oligopólico lo realmente existente y es una tendencia que el mismo neoliberalismo, contraviniendo su propio discurso, no sólo no puede revertir sino que profundiza.

Por lo tanto, una tarea importante para la crítica desde la izquierda es separar, por una parte, *la crítica a la teoría del neoliberalismo* y, por otra, *la crítica a la pragmática de la neoliberalización*. Si bien en este artículo no es posible extenderse en esta última dimensión que, por lo demás, es de más fácil constatación práctica, cabe señalar que la crítica a la teoría del neoliberalismo desde la economía es más dificultosa, ya que el poder neoliberal colonizó casi por completo esta rama del saber y aún la tiene capturada. Es necesaria una economía política que se ponga al servicio crítico de la sociedad y no una ciencia económica que sea el programa político de los dominantes, y ponga a la sociedad bajo su servicio vistiendo el ropaje del discurso científico. Todo modelo científico –en el burdo sentido de esconder sus intereses con enormes complejidades matemáticas– que insista en que el pan, aunque alimento, no debe ser producido si no es en condiciones de eficiencia racional, es un modelo que debe urgentemente ser superado.

Sin embargo, la crítica no debe apuntar al uso del instrumental matemático. Eso es un error. La crítica fundamental al neoliberalismo y su ropaje teórico/económico debe estar dirigida a su inagotable afán de transformar todos los problemas sociales en problemas económico/técnicos unidimensionales, solucionables todos por el mercado (la lógica totalizante del mercado, la lógica del *mercado total*).

Para que la propuesta neoliberal triunfara debió hacer del ser humano un agente abstracto maximizador de utilidades. El ser humano neoliberal es el agente racional con una racionalidad medio-fin muy específica.

“Esa racionalidad económica es un tipo de razonamiento especial que supone un algoritmo de elección sujeto a ciertas reglas internas: la optimización sujeta a restricciones. Un individuo es racional si y sólo si busca satisfacer sus fines individuales

24 Hinkelammert, F. (1990). *Crítica de la razón utópica*. Departamento Ecueménico de Investigaciones, DEI, p. 82.

25 Es celebrísima la –casi teológica– idea de “competencia perfecta”.

con el mínimo gasto de recursos propios. Y es precisamente este móvil, la búsqueda del bienestar individual, el que bajo ciertas condiciones permite hacer racional al conjunto de la sociedad. Si el individuo sólo puede realizar su racionalidad bajo condiciones que le permitan “la libertad para elegir”, por extensión, la sociedad sólo puede constituirse en racional si es una sociedad libre, es decir, en cuanto no existan trabas institucionales que impidan a sus componentes individuales el ejercicio de esa libertad. Así, la racionalidad económica ejercida a nivel individual, espontánea e involuntariamente deviene en racionalidad de la sociedad”<sup>26</sup>.

Este ser humano de la teoría neoliberal/neoclásica es anunciado en las primeras páginas de los textos de micro/macroeconomía, y se enuncia como un artilugio teórico para la construcción de modelos. Sin embargo, este agente racional maximizador termina por trascender sus propios textos, cobrando vida propia y echándose a andar colonizando el mismo sentido común de los economistas “hacedores de política”.

Así las cosas, la construcción de la crítica pasa –entre otras tareas– por descolonizar la ciencia económica actual en las mismas escuelas donde se enseña. Es, por lo tanto, políticamente relevante –y urgente– que la teoría económica heterodoxa abandone algunos cursos de «Historia del pensamiento económico» donde hace ya muchos años que vive su exilio. Ese es el deber de los economistas críticos. ▼

---

26 Agacino, R. *Los derechos humanos económicos, sociales y culturales y el problema de la impunidad. Crítica a la ideología y al sentido común dominantes*, p. 6. Recuperado de: [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/agacino/agacino0019.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/agacino/agacino0019.pdf)

# Suscríbete a los

# CUADERNOS

# DE

# COYUNTURA



## NODO XXI

FUNDACIÓN NODO VEINTIUNO

*Recibe en tu domicilio un ejemplar impreso de nuestra publicación bimestral y ayúdanos a seguir generando conocimiento al servicio de la democratización política, social y económica del país.*

*Suscripción anual:  
desde \$50.000\*.  
Suscripción mensual:  
desde \$5.000\*.*

**Para concretar tu suscripción**

**esríbenos a:**

[suscripciones@nodoxxi.cl](mailto:suscripciones@nodoxxi.cl)

*\* Los valores indicados son el aporte mínimo sugerido. Se aceptan aportes superiores mensuales o anuales según la capacidad económica de cada suscriptor.*

**¿QUÉ DATOS NECESITAS  
PARA HACER TU DEPÓSITO?**



Fundación Nodo XXI - RUT:  
65.065.819-1

Cuenta Corriente N°  
Banco de Chile: 008000240709

Correo de confirmación:  
[suscripciones@nodoxxi.cl](mailto:suscripciones@nodoxxi.cl)

**¿A QUÉ DESTINAMOS  
LAS DONACIONES?**

- ▼ A la elaboración y difusión de material de estudio sobre problemáticas políticas, sociales, económicas y culturales, con una perspectiva de derechos y un enfoque que destaca por su originalidad y compromiso con el cambio social.
- ▼ A la organización de actividades de formación de masas críticas a través del debate, la deliberación y construcción de miradas colectivas, especialmente en conjunto con organizaciones y movimientos sociales de relevancia nacional.
- ▼ A la elaboración y socialización de propuestas y opiniones relevantes para la apropiación crítica de nuestra realidad, a través de material para medios de comunicación, redes sociales, columnas de opinión y campañas.